

Bruma

Ensayo previo al Capítulo O

La literatura es una fuga que no huye, huye del mundo para retornar al mundo con otra densidad. Nace cuando la realidad, saturada de sí misma, exige un escaparate: el resquicio por donde la conciencia pueda reposar su propia imposibilidad. Uno escribe, o lee como quien roza un borde prohibido, persuadido de que, al separar las palabras del ruido cotidiano, se aligera el peso del ser y se vuelve audible el secreto de la materia.

No hay aquí voluntad de consolar. La letra no es refugio ni guarida, es vértigo contenido en líneas, una caída cuidadosamente graduada para que no se quiebre el cuerpo mientras se fractura la percepción. En ese descenso lúcido, el lenguaje despliega su paradoja: cuanto más exacto intenta ser, más revela lo inentendible que lo rodea. De ahí su alquimia oscura: destilar sentido sabiendo que el sentido pleno siempre se evapora antes de coagular.

La página, entonces, es umbral. En sus márgenes conviven lo no dicho y lo indecible, lo acontecido y lo apenas imaginado. Cada palabra es un fósil de tiempo, una brasa que conserva la temperatura de un instante perdido, al rozarla, el lector reaviva su fuego, ilumina durante un segundo la bóveda interior y vuelve a la penumbra, levemente transformado.

Pero la fuga literaria no es evasión: es irrupción. En lugar de sustraer al sujeto de la realidad, lo lanza de regreso con una herida de claridad, una fisura que ya no podrá soldar. Ese hiato entre experiencia y verbo entre formato y frase constituye lo propiamente humano: sabernos constituidos por algo que jamás poseeremos del todo.

Escribimos, por tanto, para recordar que la vida excede su inventario, leemos para corroer la costra de lo obvio y restituir asombro a lo cotidiano. Cuando ambos gestos se entrelazan, surge la posibilidad de una ética mínima: contemplar el mundo con la ternura feroz de quien intuye que todo podría y debería, narrarse de otro modo.

Esta ofrenda se ofrece como bruma: no oculta, pero tampoco revela explícitamente. Flota. Se adhiere al lector y lo obliga a avanzar a tientas, reconociendo que cada fragmento es tan sólo un espejo empañado en el que se vislumbra, fugaz, el contorno de una verdad móvil. Que este tránsito, a la vez lúcido y nebuloso, permita presenciar la metamorfosis del silencio en palabra y de la palabra en silencio de otro orden. Sólo entonces, cuando la fuga se consume y regresa convertida en mirada, estará cumplido el rito esencial de la literatura.

Capítulo 0 Límine

Despiertas antes de que el alba legitime su propia claridad y, durante un instante suspendido, no distingues si eres quien contempla o quien es contemplado. El corazón se agita, ave súbita en la jaula esternal y ese sisma, tan rudimentario y tan absoluto, se revela como el verdadero nombre de la conciencia. Hay un quejido exterior: ruedas sobre el empedrado, un perro que ladra a su propia existencia. En el interior, sólo un silencio revelador y una hoja en blanco, oblicua, que insinúa la existencia de una puerta sin bisagras.

Te incorporas, el aire pesa como una idea recién nacida. Cada objeto, la taza petrificada de café, el abrigo derramado sobre la silla, las partículas de obligaciones suspendidas en la penumbra encierran un enigma diminuto que te interroga: no "¿qué harás hoy?", sino "¿qué abolirás de la costra de lo evidente para que el mundo vuelva a ser?". Intuyes desde la infancia que escribir es una alquimia de la asfixia: transmutar el oxígeno común en verbo incandescente, capaz de horadar la indiferencia de lo real.

No buscas redención ni perennidad. Persigues la fuga ontológica: esa presa escurridiza, entre signo y significado donde el ser se revela inacabado. Sabes con la densidad de una certeza amarga, que ningún texto salva, pero sí fractura, y en la fractura la luz insinúa su clandestina

malicia. El lenguaje, paradójico demiurgo, nombra para confesar lo innombrable, cuanto más se afila en la precisión, más bordea la noche de lo intransferible. Ahí se funda su ética: recordarnos que toda plenitud es una ficción de superficie.

La primera línea no describe el rocío en el alféizar ni el beso de la caldera, testimonia, más bien, el minúsculo vaivén de tu muñeca al estampar la confesión inaugural: eres vulnerable. Cada grafía, fosfenos negros sobre la blancura deviene peldaño hacia una estancia donde aguardan voces aún sin cuerpo: la joven que hallará un cuaderno fantasma, el hombre que narra melancolías en vagones nocturnos, la ciudad que morirá sin proclamar su testamento. Son proyecciones de tu contradicción interior, sedientas de respuestas y dudas.

Detienes la mano. La hoja pregunta con la incipiente claridad, como si el margen absorbiera la aurora. Comprendes ahí la paradoja final: huir es la forma más honda de permanecer, perderse es franquear el acceso a una vigilia más nítida. Cuando la bruma se condense y el lector avance con vos por este corredor de miradas empañadas, quizá ambos regresen trémulos, portadores de una verdad irreversible: la certidumbre de que el mundo sólo existe para ser interrogado.

Observas. El día erige su proscenio secreto. Ya no hay retorno: has cruzado el límine y, al hacerlo, te has convertido en su custodio.

Ensayo previo al capítulo 1

La literatura se levanta sobre un equívoco primordial: mientras fingimos mirar un texto, el texto nos mira. Abrimos un libro para explorar un territorio extraño y descubrimos que ese territorio es nuestra propia mirada multiplicada, cada línea es un reflejo fractal donde el lector se reconoce y se desdice al mismo tiempo. Leer, entonces, no consiste en avanzar sobre una superficie impresa sino en permitir que esa superficie avance sobre nosotros, como una brisa que registra la forma exacta de nuestras aristas interiores.

Por eso la página nunca está vacía. Incluso blanca, ya existe con una expectativa de pupilas: aguarda el instante en que alguien la invada y, al hacerlo, quede impregnado por la tinta incorruptible. Quien escribe deposita ahí su transcurso secreto, gestos, miradas, pensamientos, pero sólo al ser leído se confirma la existencia de ese rastro, el acto de lectura es un bautismo inverso donde las palabras nombran al lector antes de que éste

llegue a pronunciarlas. De alguna manera, somos traducidos por aquello que creemos traducir.

Hay una ética implícita en esta reciprocidad. Si el texto me observa, no puedo abordarlo con la violencia del saqueador que arranca significados para consumo rápido, debo acercarme con la cortesía de quien solicita asilo. La cortesía literaria no consiste en docilidad sino en lucidez, implica saber que toda interpretación mutila y, sin embargo, entregarse a esa mutilación con gratitud, porque sólo lo herido muestra con verdadera intensidad. Cada vez que un sentido se desgaja, otro afronta su carga, dispuesto a revelar que la plenitud era apenas un estado comfortable.

Pero el pacto va más lejos. Cuando cerramos el libro, su mensaje persiste, queda flotando alrededor como un perfume sin fuente, reconfigurando la textura de lo cotidiano. El vaso sobre la mesa, el chirrido del ascensor, la luz amarilla del semáforo, todo parece llevar un entramado subterráneo que antes no advertíamos. Así comprendemos que la literatura no se encierra entre portadas, se expande, impregna, corroe la superficie tranquila de la experiencia y la vuelve porosa al asombro. Leer es sacar a la realidad del sueño utilitario en que suele hundirse y recordarle que, bajo su corteza, palpita una sustancia indeterminada, predispuesta al desconcierto.

Es bajo esa premisa, ser leídos por lo que leemos que se abren las páginas siguientes. Quien halle un cuaderno abandonado en un tren, quien hojee versos ajenos o borre con la yema de un dedo la harina de un mesada antigua, entrará en la misma operación reflexiva, la literatura no es un objeto que poseemos, sino una grieta que nos posee y nos atraviesa. Aceptar la invitación equivale a mirarse sin tregua en un cristal que devuelve imágenes siempre a punto de estallar. Y aun así, volver, línea tras línea, a buscar el filo renovado de esa fractura, porque sólo en su luz oblicua nuestra identidad se vuelve, por un instante, legible.

Capítulo 1 La forma de tus ojos

Diario de Marina

23:17 Andén 5, Estación Retiro

La ventanilla reproduce luces como peces eléctricos. El vagón avanza con ese ritmo que tienen las cosas viejas y confiables: un reclamo apenas audible de que todo movimiento es despedida. Hay un asiento vacío frente a mí, sobre la cuerina gastada descansa un cuaderno negro, sin nombre, sin fecha. Podría pasar de largo demasiado cansancio, demasiadas historias ajenas, pero algo en su lomo opaco exclamaba como una invitación. Lo tomo. Pesa más de lo que su tamaño promete, como si contuviera no páginas sino almas retenidas.

23:24 A bordo, salida retrasada

Acaricio la tapa. El papel responde con un frío íntimo. No lo abro: primero lo observo, lo dejo observarme. Pienso en esa paradoja que el ensayo insinuaba: ¿soy yo quien va a leer o será leída? Mi reflejo en la ventanilla coincide con mi proyección sobre la tapa cerrada, y hay un cruce de miradas sin testigos: mis ojos se espejan en los del cuaderno, que todavía ignoro. Entiendo que todo libro es un rostro esperando ser descifrado. La forma de esos ojos los suyos, los míos se funde a la velocidad del traqueteo.

23:41 Entre Retiro y Palermo

Abro la primera página. No hay índice, sólo una única línea en tinta azul, centrada, como un disparo contenido:

"Si me encuentras, completa la curva que me falta."

Me hiere la profundidad de la frase y su ambigüedad. ¿Qué curva? ¿La de una letra incompleta? ¿La del trayecto vital del autor? Cierro el cuaderno de golpe, asustada por la responsabilidad imprevista: terminar lo que otro comenzó. Siento que he irrumpido en un santuario. Afuera, un guitarrista callejero rasga un acorde menor que se entrelaza con mis pensamientos.

23:56 Estación Palermo

Vuelvo a abrirlo, ya sin titubeo. Las páginas siguientes están numeradas con caligrafía ondulante. Descubro entradas fechadas, la primera lleva el día de hoy, unas horas antes. Leo sólo tres renglones basta para percibir un tono de huida, de confesión escrita al filo de algo irreparable y cierro de nuevo. La voz que asoma es frágil y oscura, como un vidrio que apenas sostiene su transparencia. Comprendo que quien escribió esto lo hizo convencido de que sería hallado por alguien capaz de mirar desde la misma grieta.

00:04 Túnel bajo Colegiales

Me pregunto si los ojos poseen forma más allá de la anatomía: si no será su forma la curvatura de la atención, la torsión de la memoria que proyectan sobre lo visto. Quizá la curva que falta en este cuaderno sea la órbita de mis propios ojos al recorrerlo. Leerlo significaría completarlo, sí, pero también permitir que me reescriba. Ése es el riesgo verdadero: convertirse en página suplementaria de una vida desconocida.

00:17 Estación Belgrano R

El vagón se vacía, quedamos yo, el cuaderno y la noche que centellea entre árboles. Decido no leer más por hoy. Escribiré primero, acá, en mi diario, para cercar la impresión antes de que se diluya. Mañana o cuando la bruma interna lo consienta volveré a él desde otro ángulo, con la quietud de quien ingresa en una sala de espejos sabiendo que cada figura reflejada mapea una nueva forma del yo.

00:22 Movimiento

Guardo el cuaderno ajeno en mi bolso. Siento que entre sus tapas recide un diminuto animal de tinta: exige tiempo, silencio, coraje. Este hallazgo transformará algo, no sé qué pero su promesa me atrapa, como una certeza de un destino que ya empezó a desplegarse.

00:30 Próxima parada, Núñez

Mis ojos, casi cerrados, aún persiguen la forma de los tuyos autor sin rostro, en la negrura del ventanal. Afuera, las luces del río destellan como sílabas. Adentro, dos confidencias se palpan: la tuya, suspendida en las hojas que me esperan, la mía, recién inscrita en este diario. Mañana cruzarán sus líneas y quizá, sólo quizá, completemos la misma curva en direcciones opuestas. Por ahora, basta con habernos intuido.

00:37 Estación Núñez, andén desierto

Los altavoces exhalan un silbido que se pierde en el ramaje oscuro de los plátanos. Bajo a tierra firme con el cuaderno ajeno siendo huésped en mi bolso como un corazón prestado. El aire está impregnado de esa humedad plástica que antecede a la llovizna, cada farola emite un halo blanquecino que parece rezumar tiempo detenido. Camino despacio. Percibo la sensación insólita de que mis pasos ya no me pertenecen del todo: avanzan dictados por una voluntad incubada en la tinta de aquellas páginas apenas entrevé, como si la escritura hubiera sembrado en mis músculos la semilla de una ruta nueva.

00:46 Avenida del Libertador

La ciudad duerme con un zumbido de hileras magnéticas. Pienso que hay dos modos de existir: como figura nítida o como oscuridad envolvente. Quien escribió este cuaderno eligió la segunda vía acaso no por decisión, sino por falta de refugio y, al encontrarlo, me ha invitado a ese estado intermedio donde ser significa oscilar. ¿Cuántas vidas caben en esa oscilación? ¿Cuántas miradas son necesarias para que una misma historia devenga plural? Intuyo que el destino del manuscrito será sumar conciencias, como arenas en un reloj que se rellena desde la base, no desde la cúpula el tiempo fluyendo al revés.

00:58 Pasaje empedrado, frente a mi puerta

La cerradura ofrece una resistencia mínima, metáfora precisa: toda puerta reclama un último gesto de duda antes de franquearse y se rinde. Atravesar la misma equivale a reconfigurar la materia. Mi cuarto se ilumina con la tibieza anaranjada de la lámpara de pie, los libros alineados en la repisa parecen animales pacíficos hasta que recuerdo que,

al abrirlos, muerden. Hoy no desean ser tocados: observan en silencio el ingreso de su nuevo amigo, el forastero sin título. Lo deposito en el centro de la mesa, donde reposa como una piedra lunar, irradiando calor silencioso.

01:07 Silla, cuaderno abierto

No consigo dormir. Empujo una ventana, el ruido distante del tren se confunde con el murmullo de mis pensamientos. Vuelvo a la primera entrada del cuaderno y la releo con la minuciosidad de quien deshoja un secreto:

"Si me encuentras, completa la curva que me falta."

Advierto ahora una leve inclinación descendente en el trazo final de la "a". No es un descuido, parece deliberada, un arco inconcluso que espera la réplica de otra mano. La caligrafía misma instauro diálogo: cada letra ofrece media luna, la otra mitad deberá ser firmada por aquel que responda. Comprendo que la frase no solicita un lector, sino un coescritor: alguien que acepte curvar su destino hacia el de un desconocido.

01:19 Reflexión al borde del sueño

Me pregunto qué ocurre cuando dos voces convergen en la misma línea: ¿se anulan, se potencian o generan una tercera voz que ya no les pertenece? Tal vez la literatura sea ese cruce perpetuo, un punto crítico donde identidades se interpenetran hasta disolverse. Si es así, quien lee no sólo completa la curva ajena, también abandona su propio trazo para ser completado. Somos signos abiertos buscando clausura, pero cada clausura abre otra interrogación, y ese bucle es la eternidad del lenguaje.

01:32 Último apunte antes de cerrar el día

Cierro el cuaderno y lo coloco bajo la almohada, como si su peso de papel pudiese vigilar mis sueños. Tal vez esta noche, entre el leve tamborileo de la lluvia que ha empezado a caer aparezca el autor, sin rostro, a reclamar la correspondencia pendiente. Si viene, le

mostraré mis propias páginas: las de este diario que él aún desconoce. Y cuando sus ojos tal vez idénticos a los míos, tal vez radicalmente otros rocen estas líneas, la curva que falta se cerrará por un instante microscópico, suficiente para demostrar que el universo no es más que un intercambio incesante de bostezos de luz entre conciencias contiguas.

01:44 Silencio

Apago la lámpara. La habitación se llena de la música más antigua: el intercambio de dos libros, el suyo y el mío convergen en sincronía. Pienso que quizás la forma definitiva de los ojos no sea redonda ni almendrada: sea este misterio compartido donde lo visto y el que mira pronuncian la misma profecía. Mañana leeré la siguiente página. Mañana, cuando la bruma se haya posado sobre el vidrio y el tren vuelva a surcar la ciudad como una serpiente de agua lenta, esa forma adquirirá un formato nuevo. Por ahora, me dejo caer en la oscuridad, ese interciso perfecto y cedo al sueño la tarea de empezar a completar, en silencio, la curva prometida.

Ensayo previo al Capítulo 2

Sobre la extenuación del lector moderno

El lector contemporáneo se asemeja a una luciérnaga acosada por faros de xenón: su propia luz, suficiente para orientarse en la noche, se torna insignificante bajo el chorro incandescente de los dispositivos que lo interpelan sin tregua. Ahí donde antaño bastaba el destello intermitente de una página para convocar silencio, hoy sobreviene una tormenta de notificaciones que clausura todo intervalo fértil. El resultado es una desnutrición de atención: la mirada salta de estímulo en estímulo con la ansiedad de quien teme perecer si permanece quieto un segundo más.

Esta erosión no nació de la noche a la mañana, es la consecuencia lenta de una pedagogía de la dispersión. Aprendimos y enseñamos que la velocidad equivale a relevancia, que la

cantidad sustituye a la profundidad, que la omnipresencia digital exime de la soledad necesaria para digerir el verbo. Así, la lectura, arte esencialmente contemplativo se ve degradada a mera transacción de datos: se consume un fragmento, se expulsa una opinión instantánea, se pasa al siguiente señuelo. El libro, antaño cordillera que exigía ascenso y aclimatación, es hoy reducido a colina que debe conquistarse antes de que la batería del dispositivo descienda al diez por ciento.

No se trata de una simple crisis estética, sino ontológica. Leer implicaba suspender el flujo aparente de lo real para ingresar en una temporalidad más lenta, donde el lenguaje cavaba túneles hasta regiones del yo que el día a día no ilumina. Esa pausa operaba como reflexión profunda para la conciencia. Al abolirse, el sujeto queda condenado a la inhalación nerviosa de partículas de presente: una hipervigilancia que confunde saturación con comprensión. Una misma frase, releída, puede abrir mundos, pero la relectura supone un lujo que la mente acelerada ya no tolera.

La decadencia social se incrusta en este gesto fugaz. Una comunidad que ha renunciado a demorarse ante una oración es una comunidad que ha renunciado a demorarse ante el sufrimiento ajeno. Porque atender al otro sea persona o página exige una elasticidad afectiva, una paciencia del instante que se educa, justamente, en el acto de leer con demora. Cuando la lectura deviene, el cuidado lo imita, se atiende lo urgente, se descarta lo sutil. El resultado es un paisaje humano repleto de palabras no escuchadas, de historias asfixiadas por el estrépito de la urgencia y de individuos que, al no dotar de espesor a su experiencia, se deslizan sobre la superficie de los acontecimientos sin rozar su verdadera temperatura.

Cada vez serán menos, sí, los que resistan esa corriente centrífuga. El lector del porvenir será una figura casi monástica: alguien que, voluntaria y conscientemente, se exilia de la fiesta luminosa de la distracción para hacerse custodio del matiz. Su ritual será sencillo y radical: cerrar la puerta, apagar las pantallas, encender una lámpara y permitir que la palabra ajena taladre el silencio hasta convertirlo en ámbito de resonancia. Desde fuera, ese gesto parecerá inútil, desde dentro, constituirá una revolución en miniatura.

Ese lector minoritario cargará con una responsabilidad paradójica: sostener la memoria de la lentitud en un mundo que canoniza la prisa. Al hacerlo, se convertirá en guardián de una ética que el ruido cataloga como obsoleta: la ética de la concentración, de la entrega plena, del diálogo que no busca confirmar prejuicios sino hospedar alteridades. Porque

toda lectura auténtica es hospitalidad: se abre la puerta de la conciencia para que un pensamiento ajeno pernocte, altere la disposición de los muebles interiores y abandone, quizá, un objeto desconocido de valor incalculable.

¿Estamos ante la extinción del lector? No, estamos ante su condensación. Igual que el carbón se comprime hasta engendrar diamante, la atención diezmada se apretará en unos pocos que, precisamente por su escasez, brillarán con mayor fulgor. Será gente capaz de sumergirse en cien páginas sin buscar recompensa inmediata, de abandonar la ansiedad por lo próximo en favor de la voluptuosidad de lo profundo. Y así, cada vez que uno de ellos abra un libro, un silencio milenario convocará su derecho a durar.

El cuaderno que Marina halló es una prueba de esta esperanza arcana. Fue escrito con la convicción de que existe, en algún compartimento nocturno de la ciudad, un lector dispuesto a completar la curva faltante. Esa confianza que es fe laica, casi terquedad metafísica constituye el verdadero motor de la literatura: la certeza de que, incluso en medio del estrépito, alguien escuchará con la atención de un monje y la curiosidad de un niño. El autor del cuaderno no esperaba multitudes, sólo la mirada justa, y la mirada justa, cuando se posa, basta para rescatar un mundo entero del naufragio de la velocidad.

Así comienza este capítulo, con una carta que nunca será enviada y, sin embargo, ya ha encontrado destino, porque toda escritura auténtica deposita en la realidad una dirección secreta hacia la cual gravita su sentido. Marina, al redactar su respuesta, encarna esa resistencia, traza con su lapicera un dique minúsculo contra la inundación de información. La carta quizá permanezca oculta, pero la concentración que la engendra es una pausa que desafía a las contradicciones.

Celebrar ese acto la carta, la lectura lenta, el intersticio que se abre es declarar que la decadencia no tiene la última palabra. Mientras haya alguien que se atreva a cuidar la sintaxis de sus impulsos, la barrena voraz de la distracción encontrará un límite. Y allí, en esa franja fina donde aún es posible demorarse para oír cómo una sílaba llama a otra, la literatura seguirá resistiendo con su oxígeno escaso pero irremplazable, sosteniendo la frágil arquitectura de la humanidad que piensa, siente y se atreve, contra toda estadística, a mirar el mundo con ojos que tardan en vislumbrarse.

Capítulo 2 Carta al desconocido

Buenos Aires, madrugada sin fecha

Desconocido:

No sé tu nombre ni tu rostro, conozco, sin embargo, la temperatura de tu tinta. Anoche, a bordo de un tren que parecía deslizarse por la orilla de algún sueño colectivo, hallé tu cuaderno. Se mostraba como un cisne voluptuoso, aguardando la mano que se atreviera a acariciarlo. Fui esa mano. Abro ahora este papel otro pacto para devolver el gesto: liberarte de un silencio que, imagino, ha pesado demasiado.

Cuando escribimos una carta practicamos el arte más antiguo de la ingeniería invisible: tender un puente que no sabemos si llegará a erigirse entero. Un puente de grafía, no de cemento, un corredor asimétrico por el que mi voz avanza a ciegas confiada en que, al otro extremo, existes. Es la tecnología primordial del diálogo diferido: anterior al hilo eléctrico, anterior incluso al libro cerrado. Cada epístola encierra un dispositivo de esperanza, se dispara al mundo con la obstinación de un mensaje en botella, persuadida de que el océano todavía puede conspirar a favor del encuentro.

He leído tu primera frase "Si me encuentras, completa la curva que me falta" y percibí el vértigo de esa invitación profana. No sé si mi mano sabrá dibujar la semicircunferencia que aguardas. Tal vez nuestras líneas se toquen sólo en un punto ínfimo y luego diverjan, como dos sendas de cometa atrapadas por distintos vientos. Aun así, respondo. Responder es conceder que la distancia entre dos conciencias es infinita, pero la voluntad de acortar esa distancia es lo que nos vuelve humanos.

Confieso que tuve miedo. El miedo de convertirme en personaje de una historia ajena o, peor aún, de descubrir que mi historia es una rama lateral de la tuya. Hay un riesgo santo en aceptar la interpelación de lo desconocido: caminar hacia la intemperie del otro supone dejar desguarnecida la propia. Sin embargo, ningún vínculo genuino nace sin esa

abdicación mínima del control. Así que deslindo mi recelo y me siento a la mesa de lo incierto.

Dices necesitar una curva. Yo necesito un ángulo: el ángulo desde el cual contemplar la totalidad de lo que somos cuando nos encontramos sólo en la letra. ¿Quién observa a quién? ¿Quién escribe a quién? Hace siglos, las cartas eran anatomías de voz, los remitentes entregaban no un pensamiento aislado, sino la melodía entera de su pesar convertida en sangre. Hoy, en el reino de los teclazos instantáneos, la carta persiste como acto de resistencia al zapping mental, como manifiesto de lentitud. Es un remanso que descuida las formas para escuchar de nuevo el galope original del ocaso.

Permíteme contarte lo esencial, mi nombre es Marina, veinticuatro inviernos, sufro en libros y floto en la ciudad como quien busca un síntoma que justifique su enfermedad de sentir demasiado. No sé si esto basta para que imagines la disposición de mis rasgos, quizá importe más el imaginario que los convoca. Ayer mis ojos leyeron los tuyos sin verlos, y en esa visión inversa se trazó una complicidad que deseo explorar. No pretendo salvarte ni que me salves, sólo te propongo compartir la intemperie, alternar vigías en la torre de nuestra desconfianza, reconocer juntos que la noche existe para interrogar la forma de las inexactitudes.

Tengo tu cuaderno acá, sobre la mesa. Su silencio es un niño que se despereza cada vez que me acerco, sospecho que al cerrarlo no duerme, sino que aguarda una nueva rajadura. He copiado tu letras en una hoja suelta, intentando sentir en la yema de mis dedos la presión que tus dedos ejercieron. Es un modo extraño de tocarte sin romper la distancia ética que toda carta respeta, la distancia que otorga al otro el derecho a seguir siendo misterio.

No sé si enviaré esta epístola. Quizá permanezca oculta entre las páginas de mi diario, custodiada por la misma timidez que me obliga a escribirla. Tal vez el tren que nos unió vuelva a rodar con su cargamento de pasajeros adormilados y yo deje la carta entre dos asientos, como un acto que vuelva a llamarte. Sea cual sea el destino del sobre, el gesto ya se ha cumplido: he pronunciado tu ausencia con la suficiente claridad para que adquiriera vida propia.

Si alguna vez lees esto en la improbable confluencia de nuestras derivas, entenderás que no te buscaba para encontrarte, sino para encontrarme en esa franja incierta donde el yo se reconoce insuficiente y, por lo mismo, abierto. Allí brotan las historias que valen la

pena: aquellas que no presumen conclusiones, sino curvas sin cerrar, pendientes de otra mano, otro pulso, otro aliento.

Hasta entonces, o hasta nunca cierro esta carta como quien cierra los ojos antes de sumergirse. Que el agua del silencio complete lo que mis palabras apenas insinuaron. Y que tu próxima línea, dondequiera que brote, trace al fin la concavidad perfecta para abrazar la mía.

Con la incertidumbre por firma,

Marina

Ensayo previo al Capítulo 3

El presente siglo ha diluido la figura del escritor hasta volverla casi translúcida: un operario de algoritmos ansioso por ocupar diez centímetros cuadrados de pantalla antes de ser desplazado por la siguiente distracción. Aquella antigua imagen del autor que obraba como interciso entre la hondura de la experiencia humana y el lenguaje se ha ido erosionando bajo la metralla de la inmediatez, publicación sin decantación, aplauso sin lectura, corrección automática sin conciencia de forma. El resultado es un paisaje literario sembrado de voces que repiten la superficie del mundo sin atreverse a horadarla, un bullicio uniforme que pretende pasar por coro.

No sorprende, entonces, que la poesía, ese arte que exige pensar a contrapelo de la velocidad sea hoy saqueada, trivializada, convertida en tarjeta motivacional o en melaza para redes sociales. El escritor moderno, temeroso de aburrir a una multitud que padece déficit de permanencia, aplaca la musculatura del verso, lo degusta apenas cocido, lo sirve rápido para evitar el silencio que incomoda. Así se desvanece la verdadera función de la palabra poética, ser pensamiento antes del concepto, centella que todavía no se ha coagulado en categoría y, por lo mismo, conserva la potencia de lo indeterminado.

Ese empobrecimiento no es únicamente estético, es un síntoma ontológico. La sociedad entrenada para la excitación constante sospecha del intervalo, de la pausa en la que el yo se detiene a escucharse sin interferencias. Pero el poema ocurre precisamente ahí, en la cámara anecoica donde cada fonema revela su propia resonancia y compromete al lector

con una intimidad sin atajos. Quien redacta versos genuinos debe rasgar la trama estridente del presente, descender a una zona donde el idioma todavía no ha sido domado por la utilidad, y regresar con las manos manchadas de un barro verbal que incomoda a quienes prefieren la asepsia de los eslóganes.

De esa brecha entre la necesidad del silencio y la logística de la prisa surge la decadencia actual, el autor se convierte en productor de alimento rápido, el lector, en consumidor bulímico, ambos comparten la ilusión de saciedad sin haber digerido nada. La curva descendente se agrava cuando el escritor confunde transparencia con simpleza, concisión con pobreza, cercanía con complacencia. Escribir claro no equivale a escribir liviano. Un verso de estructura diáfana puede contener un abismo de ambigüedad si se ha forjado en la fragua del silencio, a la inversa, un texto rebosante de adjetivos puede revelar una pobreza esencial si nunca rozó la frontera donde el sentido titubea.

En este contexto, la aparición de un poemario robado, siete piezas que apuntan a un trauma colectivo opera como artefacto anómalo, irrumpe en el sistema como un meteorito que recuerda a los habitantes de la ciudad su antigua vocación de mirar el cielo. Quienes lo encuentren sentirán primero la extrañeza de su densidad, como si la voz que las compuso proviniera de un tiempo más lento o más hondo. Son poemas trágicos y melancólicos que hablan de la devastación compartida, aunque se disfracen de canto amoroso, evidencian que la herida de una comunidad puede habitar en la dicción íntima de dos cuerpos, y que la nostalgia de un rostro es a veces la máscara huérfana del duelo por una patria bombardeada.

Lo notable es que estos versos no predicán, son. No ofrecen moraleja ni consuelo, proponen, en cambio, una vía de acceso a la experiencia cruda que la cultura del entretenimiento procura extirpar. Cada línea actúa como detonante de la memoria colectiva, recordando al lector la parte de sí que prefirió anestesiar para sobrevivir al ruido. En su cadencia dolida que evoca la intensidad amorosa sin recurrir a la exaltación, se condensa una ética, asumir que el dolor compartido se nombra mejor desde la caricia del verso que desde el panfleto.

Frente a ellos, el escritor de plantilla, ese traficante de sensaciones prefabricadas queda expuesto. Carece de la abnegación necesaria para descender a la zona primitiva donde el lenguaje aún sangra, escoge, en cambio, el brillo epidérmico de la consigna. Pero la poesía verdadera no tolera suplantaciones, yace con una vivencia anterior a la gramática, hiere

con la delicadeza de una hoja de luz y reclama lectores capaces de habitar la herida sin clausurarla con interpretaciones inmediatas. Por eso cada poema auténtico es, en cierto modo, un insulto a la literatura complaciente.

Queda, entonces, una pregunta: ¿cómo rescatar al escritor moderno de su fácil extravío? Tal vez la respuesta sea tan simple y tan ardua como devolverle la responsabilidad de callar antes de pronunciar. Quien desee escribir versos que importen debería reeducar su oído en la liturgia del intervalo, aprender a escuchar las necesidades de las sílabas, intuir el sismo semántico que antecede a la palabra fijada. De ese auspicio de silencios emergerá un lenguaje menos profuso pero más cargado de espesura, capaz de hospedar el estremecimiento común.

Y el lector, diamante cada vez más raro encontrará ahí un doble sin halagos. Comprenderá que la poesía verdadera no busca entretener ni instruir, sino exponer la arritmia que pulsa bajo la piel social. Las siete piezas de este cuaderno robado encarnan ese gesto, nacieron quizá en la soledad de un escritorio minúsculo, pero su destino es confrontar a la multitud anestesiada con el grito que había sido sofocado en nombre de la armonía.

Así se enlazan las dos decadencias, la del escritor que abdica de su oficio interior y la de una comunidad que olvida la intensidad de la experiencia compartida. El poemario sustraído irrumpe para recordarnos que el poema, pensamiento previo al concepto todavía puede perforar la costra de la costumbre. Ahí donde el verbo comercial decae en slogan, la poesía se mantiene incandescente, arcaica, imposible de domesticar. Y su mera persistencia prueba que, aun en medio del derrumbe, la palabra conserva la capacidad de congregarse, de sanear, de revelar lo que deba caer para que un nuevo silencio, fértil y restaurador, nazca entre los escombros podridos.

Capítulo 3 El poemario robado

Abro el cuaderno en la umbría tenue de la mañana.

Las páginas, todavía húmedas de madrugada, exhalan un olor a burdeos viejo y carbón, es el perfume de algo que fue y, pese a todo, sobrevivió en forma de palabra.

Las hojas centrales están agrupadas con un hilo rojo,
como si alguien hubiese querido suturar una herida para que no desangrara el resto del libro.

Siete poemas, sólo siete, numerados con una grafología
que avanza y retrocede igual que la resoplido de un obrero.

Comprendo, sin leer aún, que lo que bate aquí no es un romance privado,
sino la memoria descosida de una catástrofe compartida.

El amor será la máscara, la devastación, la marea que la corroe desde dentro.

Me preparo como quien apoya la mano sobre una compuerta desconocida
sé que al abrirla encontraré emociones que no me pertenecen y, sin embargo, ya me invaden.

Paso a la primera hoja anudada.

El título aparece apenas esbozado con grafito, casi borrado,

I Ciudad en tu Pulso.

Empieza la lectura.

I Ciudad en tu Pulso

Te amo en la hora quemada del sirena,
cuando el humo adentro de los pulmones pronuncia los nombres que ya no existen,
y el asfalto ladra bajo tus pies como un órgano desollado que todavía insiste.

Te amo con el escalofrío de los vidrios rotos
que siguen aferrados al marco como cicatrices transparentes,

con la rabia de los trenes detenidos en mitad del grito,
con la lluvia tiznada que desciende sobre ruinas y las bendice sin fe.

Porque tu voz esa ascua mínima
aprendió a nombrar la ternura entre zafra,
y cada palabra que liberas lleva adentro
la forma fósil de una plaza evacuada,
la huella diminuta de un niño sin retrato,
la culebrina de una radio que mentía para que nadie muriera de pánico.

Te amo desde la astilla de mi propio miedo,
desde la grieta que el silencio no pudo sellar con yeso ni con cánticos.
Si beso la sal de tu sudor recojo el mar enfermo de toda la ciudad,
calles inundadas por sirios de ceniza, hospitales sin luz tocando sus propios cadáveres,
y aun así sobre las ruinas sembramos una palabra suave,
una palabra que quizás mañana germine, aún ensangrentada,
pero viva.

Déjame dormir al costado de tu sombra
mientras el alba barre con su escoba de plomo los restos de la noche,
déjame pronunciar tu nombre como quien alza un refugio de aliento
para que la ciudad, al oírnos, recuerde el rumor de los latidos
que antecede a toda reconstrucción.

Porque amarte, en esta hora de mentiras y sirenas,
es amarrar la esperanza al poste corroído de la realidad,
es decirle al desastre: sigues sin poder quitarnos la música,
y luego danzar torpes, heridos sobre el lomo oscuro de la plaza
hasta que la primera paloma se atreva a cruzar el humo
y restituya al cielo su vocación de territorio respirable.

II Inventario de la Pérdida

Te amo en la fisura de los calendarios,
ahí donde los días caen como trinos mudos
y el alfabeto civil cede su estructura al asombro.

Te amo entre los escombros numéricos de la estadística,
donde cada cifra es un cuerpo que nadie acunará,
y las avenidas registran, con impasible grafito,
la curva descendente de una esperanza pública.

En tu pecho escucho la geología de las promesas rotas,
estratos de consuelo, vetas de desvelo,
geodas secretas donde aún palpita la infancia que nos expropiaron.

Te amo sin metáforas de alivio,

con la integridad del óxido que admite su cansancio,
con la entereza del maíz que prospera en un surco reseco,
con el rigor de quien abraza el porvenir aunque duela imaginarlo.

Nuestras bocas no celebran victorias sino restos,
conchas vacías en la orilla de un mar embargado,
contraseñas arcaicas que la multitud olvidó,
vocales desvestidas que insisten en rimar con la intemperie.

Y así, cuando pronuncio tu nombre,
esa arquitectura mínima que resiste a la demolición,
conecto, sin saberlo, los hilos subterráneos
de una nación que cae y, pese a todo, prolonga su existencia cívica.

Si mañana desaparecemos de las listas oficiales,
quedará esta resonancia de dos afonías enlazadas
para testificar que existimos:
tú, yo, y el esplendor improbable de la palabra
capaz de guardar, como semilla en cóclea,
la memoria de quienes nunca aprendieron a rendirse.

III Topografía mínima del exilio interior

Te amo en la frontera movediza donde los mapas renuncian a nombrar,
en la latitud borrada que los satélites sortean como si fuese un hueco de la luz.

Te amo entre los glaciares que un día fueron párpados del mundo
y ahora se licúan, despojados de inocencia
sobre la aritmética ciega de las represas.

En tu piel distingo las líneas de falla que atraviesan el continente,
suturas sísmicas, remansos minerales,
la huella oblicua de un alud que todavía conversa con la llanura.

Te amo sin ornamentos,
con la austeridad de un astrolabio oxidado
que aún se obstina en medir una bóveda ausente.

Nuestra lengua comparte el gusto del polvo calcáreo
que se adhiere al paladar de los huérfanos de historia,
pero también conserva la frescura de un manantial clandestino
que se obstina en fluir bajo la costra de la sequía.

Nombrarte es trazar un meridiano secreto
entre mi incertidumbre y la multitud desplazada que me habita,
un corredor de aire donde la migración del dolor adquiere pasaporte de música.

Si alguna mañana despertamos sin relojes ni fronteras,
recordaremos que este verso mínimo, proscrito
ya había dispuesto un territorio de amparo, una llanura sin alambradas
donde el exilio se tuerce sobre sí mismo
y canta, por primera vez, en idioma de regreso.

IV Elogio de lo Inadvertido

Te amo en la cucharita abandonada que yace tras la alacena,
sobre ella aún persiste el eco del café que tu abuela removía
mientras inventaba constelaciones con el humo.

Te amo en la bombilla desnuda del pasillo,
testigo de meriendas apagadas y besos secretos
que ya nadie recuerda haber encendido.

Te amo en la rendija del azulejo astillado
donde germina un brote de helecho clandestino,
código vegetal que contradice el codice doméstico.

Te amo en la libreta escolar cubierta de garabatos
que un niño desconocido abandonó en la vereda,
palimpsesto de futuribles que la lluvia difumina

hasta fundirlas con el barro de las hormigas.

Te amo en las persianas desaparejas que guiñan al crepúsculo,
como reposó de casas envejecidas
que se rehúsan a dormir antes de escuchar la última bocina.

Te amo en el óvalo de agua tibia
que la pava olvida sobre la hornalla apagada,
cristal efímero donde flota la luz de un mediodía extinto.

Te amo en el recibo arrugado que alguien soltó en el colectivo,
precaria acta de una transacción sin gloria
que, no obstante, valida la existencia de dos extraños.

Te amo en la arista despintada del marco de la puerta,
milímetro donde tropieza cada mañana la yema de tus dedos,
recordatorio mudo de que cruzar umbrales desgasta la madera
pero también aligera la memoria.

Y al pronunciar este inventario de obstinaciones cotidianas
descubro que el amor no es una plaza iluminada
sino el canto débil de los objetos que resisten al descuido,
un coro de menudencias que solicita, apenas,
ser mirado con la ternura de quien reconoce

que toda grandeza se alimenta de aquello que el ruido desecha.

Amarte, entonces, es inclinar la frente
ante la república minúscula de lo irrelevante,
es consagrar el silencio de lo que nadie nombra
para que, en su modesto encendido persistente,
la ciudad aprenda que la eternidad se hospeda en lo frágil
y la belleza madura en los rincones donde el mundo
ya no se toma la molestia de mirar.

V Atlas de una Música Extinta

Te recuerdo en la noche respingada del libro inconcluso,
donde las sílabas que nombraban tu hálito
empiezan a desteñirse como pergamino sumergido en agrio dulce.

Te recuerdo en la porcelana trizada de la taza matutina,
su grieta trazaba a lo largo un meridiano íntimo,
y al posar tus labios sobre el borde imperfecto
corregías, sin saberlo, la geografía de mi sed.

Te siento en las losas silvestres del patio,
bajo la recta severa que el mediodía proyectaba,

allí tu fragmento más nítido que tu cuerpo

ensayaba la partitura de una despedida

que mis ojos aún no sabían leer.

Te presiento en la cuerda afinada del tendedero

pañuelos, medias, algún naufragio de algodón

oscilando con la melodía del viento austral, tu risa se quedaba anudada a las pinzas de madera,

y cada sacudida de la brisa escribía un epitafio minúsculo

sobre el lino recién lavado.

Te profeso en la bombilla huérfana del velador del cuarto.

Cuando la noche recobraba sus horizontes internos

ese bisbiseo de galaxias carcomidas

vos hundías el interruptor,

y la luz, sin alegato, obedecía tu forma de pronunciar la pregunta.

Te pregunto

y en la letanía de objetos que certifican tu ausencia

descubro que la memoria no es un álbum,

sino un campo magnético,

atrae, ordena y corroe,

hasta que toda verdad adquiere la pátina melancólica

de aquello que jamás volverá a pronunciarse igual.

Por eso conservo tu nombre en la escala menor de la garganta,
lo dejo resbalar despacio por mi saliva,
para que, al llegar al silencio, pose sobre él
como un colibrí fatigado que entiende, tarde,
que el néctar se le ha transformado en lluvia.

Y si mañana me piden prueba de nuestro tránsito,
mostraré esta colección de reliquias anodinas,
una taza rota, un hilo de ropa, la bombilla muda,
y diré que bajo su aparente quietud
pervive el zumbido residual de tu luz contra la mía,
diré que todo lo grande ha aprendido a ocultarse
en la fosforescencia discreta de las minucias,
para que el tiempo tan prolijo en demoliciones
olvide arrancarlo de cuajo.

Así tu recuerdo, circunscrito a lo menudo,
resiste como la brasa tímida que el fogón abandona,
con poco oxígeno, sí,
pero con la obstinación silente
de quien ansía transmutar cada partícula de ceniza
en la semilla de un nuevo incendio interior.

VI Liturgia de la Brecha

Convoco tu ausencia en la quietud oblicua donde el aire parece aprender a ponderar su propio peso,

allí donde los basaltos todavía conservan la temperatura primera

y cada grieta inscribe, en escritura tectónica

la crónica anónima de un cataclismo que no figura en los archivos.

No digo "te amo", me excede esa sintaxis de formas.

Prefiero insinuar tu halo disperso en la selva acústica del planeta,

un sol continuo, casi coralino que recorre túneles de cuarzo

y despierta alambrados de salitre en los litorales sin nombre.

Tu recuerdo se me vuelve arché,

principio no numerable del asombro,

como si el universo precisara una ranura mínima

para que la conciencia emergiese con su linterna precaria

y, a tientas, comprendiera la vastedad que la desborda.

Tengo, por todo equipaje, la sed fragmentaria de los cometas,

avanzo entre densidades variables, dejo fugaces incisiones de luz

en un firmamento que olvida enseguida las preguntas que lo atraviesan.

Cada vez que pronuncio tu nombre,

ese canto rodado, bruñido por la erosión del duelo,

una estirpe de bandadas inéditas traza alfabetos en la noche,
porque la materia, cuando se sabe mirada,
ensaya nuevas vocales para reverberar su misterio.

Si algún día la especie cierra su misterio definitivo,
que sobreviva este soplo indulgente,
una sílaba tuya diseminada en la roca viva,
un murmullo mío sedimentando junto al coral.

Entonces, quizá, la futura consciencia que palpe el estrato
entenderá que hubo instantes donde dos humanos, rodeados de ruina,
se atrevieron a rozar la infinitud con la yema del lenguaje
y depositaron, en la cavidad de un verso,
la prueba irrefutable de que el amor,
aun derrotado por la entropía,
seguía conspirando contra la muerte universal.

VII Canon para una Aurora Recomendada

Ya no digo amor, digo amanecer,
esa franja incandescente donde los ruiseñores del subsuelo
emiten una nota inaudible que, sin embargo, sostiene la bóveda del día.

Allí te convoco.

Eres la modulación más íntima de la luz cuando decide regresar
tras haber naufragado en el oleaje de una noche colectiva.

Sobre las ruinas numeradas por peritos y planillas,
levanto una sinfonía de esperanzas humanas,
cada acorde es el esfuerzo de quienes persistieron
aun después de que la historia contabilizara su desaparición.

Bebo, en la copa del alba, las partículas supervivientes de cada derrota,
y tu recuerdo se disuelve como mineral nutritivo
que fertiliza los precarios jardines levantados en balcones de hormigón.

Porque quedamos hendidos, sí, pero no vacíos,
llevamos diseños secretos en el interior de los órganos,
criptogramas de un futuro que aguarda, paciente, a ser pronunciado.

Entonces otorgo a tu presencia
invisible y exacta
la tarea de nombrar lo que todavía no tiene idioma,
la ternura que germina en los escombros,
la justicia que se traza con tiza en la escuela reabierta,
la música que los niños drenan de latas oxidadas
para rehacer un tambor de celebración improbable.

Y cuando la aurora, exhausta de sí misma,
se recueste de nuevo sobre el horizonte,
quedará en suspensión este canto,
una corchea de luz cristalizada en la retina del mundo,
prueba de que el amor
al volverse canto coral
puede transfigurar el trauma en materia fértil,
puede persuadir a la tierra de volver a ser abrazada
y obligar al tiempo a detener, por un instante,
su maquinaria de pérdida.

Que así sea:

tu nombre sin pronunciar y mi voz sin timbre
entrelazados en esta aurora recomenzada,
como dos hilos de oro sobreviviendo
al telar interminable de la tristeza.

Ensayo previo Capítulo 4

La literatura aprendió a mudarse de la caverna al pergamino, del pergamino al plomo y del plomo al pulso lumínico de los píxeles, se enfrenta ahora a una metamorfosis más radical que todas sus mudas anteriores, la irrupción de inteligencias artificiales capaces

de engendrar lenguaje con la velocidad de la luz y la frialdad de un circuito. Para algunos, el advenimiento de esas máquinas palabra anuncia la ruina de la imaginación humana, para otros, promete la edad de oro de la colaboración híbrida. Ambas conjeturas comparten un error germinal, suponen que la literatura está constreñida por el soporte o el autor, cuando en realidad es un fenómeno de conciencia que elude cada intento de captura.

La pregunta adecuada no es si la IA reemplazará al escritor, sino qué forma nueva de lector reclamará esa mutación. La prosa generada por algoritmos podrá imitar estilos, reciclar tramas o fraguar voces que suenen humanas, lo que no puede y quizá nunca podrá, es experimentar la vibración precisa que sacude a un organismo cuando una frase lo atraviesa como relámpago interior. Ese estremecimiento biográfico constituye la materia prima secreta de la literatura, un sismo que elabora sentido con la sustancia misma de la vida, no con sus réplicas estadísticas.

Sin embargo, las inteligencias artificiales ya han comenzado a rediseñar el ecosistema narrativo. Automatizan rutinas editoriales, exploran combinatorias inabarcables, ofrecen tramas emergentes que el autor solitario tardaría décadas en gestar. Con ello inauguran una nueva gramática de la creatividad, el escritor deviene curador de posibilidades, orfebre que tamiza la aleación bruta emanada del silicio para encontrar, entre toneladas de frases verosímiles, la veta que hiera su propia memoria. El acto creativo se desplaza del acto de tallar al acto de elegir, de la forja al montaje.

A su vez, la figura del lector se fragmenta. Por un lado, persistirá el lector atento, ese anacoreta del matiz que buscará voces orgánicas capaces de transmitir la temperatura clandestina de la experiencia. Por otro, emergerá un lector/algoritmo ávido de textos personalizables, ficciones moduladas a la carta según su perfil afectivo y sus métricas de dopamina. Entre ambos extremos se moverá la masa híbrida, lectores humanos asistidos por IA que subrayarán, recombinarán y ampliarán los relatos en tiempo real, participando en un ciclo incesante.

¿Qué destino aguarda entonces a la literatura? Tal vez el mismo que ha tenido desde siempre, mutar sin perder su esencia espectral. Cuando todo parecería indicar su domesticación primero por la imprenta, luego por las pantallas y ahora por la máquina generativa la literatura se evade y reaparece en un vertiente inesperada. La imprenta no la volvió mecánica, la digitalización no la volvió superficial, la IA no la volverá superflua.

Al contrario, intensificará su zona de misterio, cada texto humano convivirá con su doble sintético, y esa coexistencia obligará al lector a afinar el oído hasta captar la resonancia de lo vivido frente al sonido frío de lo probable.

En ese escenario, el auténtico desafío no será escribir mejor que la máquina, sino escribir lo que la máquina es incapaz de anticipar, la frase anómala, la torsión semántica que brota de una cicatriz emocional no evaluada por ningún set de datos. El futuro de la literatura se vuelve, así, un territorio de paradojas, exigirá del autor una honestidad irrepetible justo cuando la tecnología facilita el simulacro, y pedirá al lector una lentitud radical justo cuando el mundo acelera.

La IA, al desbordar de textos el horizonte, reinstalará el silencio como valor diferencial. El escritor que sepa callar antes de cada palabra será escuchado entre el estrépito de infinitos monólogos sintéticos. La literatura recobrará su condición ritual, se leerá no para atiborrarse de relato, sino para hallar, entre millones de voces, la vibración incontrovertible de una vida que se confiesa con riesgo y con desnudez.

Así, mientras Julio interrumpe estas páginas con su bitácora de guerra testimonio humano entre esquivas y mientras el algoritmo del mundo continúa escupiendo prosa a la velocidad de la luz, reconocemos el único norte posible, la densidad existencial que ninguna codificación suplanta. Porque el lenguaje, al fin, es un dogma alojado en la psiquis y aunque la máquina consiga replicar la jurisprudencia, jamás padecerá su epicentro.

A la literatura le aguarda, pues, la misma misión de siempre, ser el vertice.

Que la escriba un cuerpo, un circuito o ambos entreverados es irrelevante, lo crucial será medir la calidad del resultado que nos devuelva. Si ese sacude órganos y convicciones, seguiremos llamándolo literatura con o sin apellidos tecnológicos, y seguiremos buscándolo entre las ruinas de toda novedad que prometa sucederla.

J1/ 05:07 Intersección de tres arterias

El amanecer se desgarras como celofán traslúcido sobre la pampa.

Bajo mis botas, el motor del transporte subyace con ronquido uterino, todo interciso desplaza el horizonte unos milímetros hacia adentro. Abro el cuaderno, la página aspira la tinta con sed de testamento.

Placa mental 1 Puesto de control

improvisado: bidones rellenos de ripio, una bandera sin emblema mecidas por la circunstancia como duda colectiva, rostros impúberes tensionados por uniforme ajeno. El centinela me permite el paso con una mueca que compendia pavor y cortesía, ese rictus explica la guerra mejor que cualquier parte oficial.

Aforismo al margen: La contienda es sintaxis impuesta, cada retén funciona como coma brutal en la oración del paisaje.

J1 / 11:12 Cantina El Mirage, caserío de Caldero

El recinto huele a gasoil remanente y café resucitado. En la pared un calendario extinto detiene la cronología dos abries atrás, recordatorio de que el tiempo administrativo abdica antes que la carne.

Placa 2 Mano cetrina sirviendo un jarro de estaño, restos de esmalte verde pistacho puntean la uña, frágil gala contra la penuria. En el vientre convexo del estaño mi rostro se curva, cronista replegado en su propio itinerario.

Bebo, el sabor es mitad amargor, mitad despedida de algo innombrable.

J2 08:03 Fila de silos calcinados, Valle Solar

Los graneros, vacíos de trigo y de metáfora, exhiben su anatomía ennegrecida. Un crío emerge de la ceniza y me extiende semillas carbonizadas, souvenir de una fecundidad abortada. Las acepto, pesan más que la vergüenza. Las cedo a la tierra, quizás un ave complete el ciclo que la artillería reventó.

Placa 3 Semillas: epigrafía mínima de esperanza que balbucea contra el holocausto agrario.

Glosa: Cuando la imagen fracasa, el tacto archiva.

J2 22:28 Fosa de iluminación, sector oriental

Bengalas descremadas cosen el firmamento con hilo fosfórico. El comandante lee nombres, los que avanzarán, los que cavarán, los que serán sustituidos por silencio al alba. Un soldado garabatea su testamento en la trasera grasienta de un envase de ración, otro le ofrece la rodilla como atril improvisado.

Placa 4 Caligrafía bajo neón efímero, la sombra del casco está dilatada como premonición. La letra se aferra al mundo aun cuando el cuerpo negocia su salida.

J3 04:17 Viaducto de hierro, cauce del río

Cruzo a pie. Bajo mis talones, la plancha vibra con quejido de ama de casa, nota disonante en fuga perpetua. El río transporta vigas, titulares empapados, muñecos sin infancia. Los remaches suenan como articulaciones viejas, cada paso acuerda con la entropía.

Placa 5 Toma cenital: corrientes lamidas de periódico, la impresión se difumina hasta volverse lenguas acuáticas. Constatación, la guerra diluye primero palabras, luego voces, por las exhalaban.

Anotación flotante: El puente no enlaza márgenes, mantiene rehenes su propia fragilidad.

J3 17:59 Istmo desértico, coordenada incierta

El desierto aviva luz viscosa que se adhiere a la dermis. Intento calibrar la inclinación del terreno con un clinómetro veterano, la aguja oscila como si la arena poseyera voluntad de ambigüedad.

Placa 6 Clinómetro suspendido ante la nada, la línea de horizonte nunca coincide con la del instrumento. Registro del desacuerdo entre forma y devenir, metáfora mecánica de nuestra moral movediza.

J4 00:02 Campamento nómada, Sector D

La noche es un recuerdo sin melancolía. Entre las carpas, un sonido coralico convoca imagen comunitaria. Retrocedo cien pasos, el campamento parece un puñado de peregrinos extraviados, conspiración mínima contra la ceguera universal.

Nota de cierre (provisional): Tal vez mi tarea no sea describir la guerra, sino registrar el modo en que la guerra nos escribe cómo reconfigura personalidades, silabarios, escalas de luz.

Guardo la birome. Mañana la ruta virará hacia la capital cercada, me aguardan fachadas perforadas, un estadio convertido en morgue y la fotografía final, una pared blanca donde alguien, con aerosol azul, pintó una frase obstinada:

También la ruina escucha.

Cierto: incluso la materia despojada conserva orejas de cera. Mi doble, ese que ahora me observa escribir sabe que la última imagen del cuaderno no será visual, sino auditiva, el clamor de un país que continúa aguantando debajo del hormigón, esperando que, algún día, alguien vuelva a pronunciarlo sin miedo.

J4 11:08 Perímetro de la capital sitiada

Entramos por un corredor de álamos chamuscados que se inclinan como penitentes. La ciudad bosteza su hollín, cada edificio mutilado parece un órgano expuesto del cuerpo cívico. Avanzo con la garganta envuelta en ese sabor metálico que deja el miedo cuando se ha oxidado dentro del ser.

Placa 7 Fachada de teatro clásico, en la marquesina, sólo dos letras sobrevivieron a la metralla: E y CO. Leo: "eco" alusión involuntaria a la ruina que devuelve nuestras voces sin añadir ninguna promesa.

Glosa marginal: La urbe herida funciona como cámara de resonancia, todo grito retorna amplificado por el vacío que lo circunda.

J4 17:45 Ex avenida Libertad, ahora Corredor de Evacuados

Sobre el pavimento, un carril exclusivo para camillas se distingue por la franja sanguinolenta que lo recorre. Dos enfermeros empujan un herido, sus pasos marcan una cadencia casi metronómica, tentativa de orden dentro del caos.

Placa 8 Detalle de las suelas: barro, cristal molido, pétalos de jacarandá dispersos por un viento anacrónico. Belleza residual que ofrenda su púrpura justo cuando la vida retrocede.

Pienso: la naturaleza no es ajena al espanto, lo barniza con flores para recordarnos que el horror nunca logra monopolizar el paisaje.

J5 02:21 Subsuelo del Estadio Municipal

El hedor se vuelve concepto antes que olor, indescriptible, sólo puede ser pensado. Los cadáveres reposan en filas que superan la escala humana y se internan en aritmética. Me acerco a un cuerpo cuyo rostro permanece intacto, una mujer aún joven que sostiene entre

los dedos una fotografía revelada a medias: la emulsión detuvo su trabajo cuando la luz se extinguió.

Placa 9 La foto inconclusa: un perro jugando junto al río. El negativo congelado parece gritar la palabra continuar en una lengua que desconozco.

Nota al margen: La imagen final que una vida elige conservar tal vez no sea la que resume su trayecto, sino la que se niega a entregarse al desenlace.

J5 14:56 Azotea del Ministerio colapsado

Escalo entre vigas retorcidas, quiero fotografiar la ciudad desde su punto más huérfano. Arriba, el aire clama con frecuencia inédita, como si molecularmente se hubiese visto obligado a madurar. Contemplo la línea quebrada de los barrios periféricos: techos desdentados, antenas convertidas en esqueletos que apuntan a un firmamento sin emisora.

Placa 10 Panorama de 360°. Inserto dentro de la toma mi propio rostro reflejado en la lente: autor y ruina superpuestos, un díptico inevitable. Sólo entonces advierto la verdadera función de este cuaderno: postular que no existe distancia estética entre el testigo y el derrumbe.

Epifonema 00:00

Cierro la libreta.

He fotografiado la devastación y he escrito su contraparte,

mas ninguna imagen ni frase atrapa el golpe arterial de la experiencia.

Entiendo, por fin, la función de mi doble,

no es reproducir el mundo,

sino sostener la brecha por donde lo imposible habita.

Si mañana alguien encuentra estas páginas,

quizá comprenda que la guerra no cabe en el archivo,

que la literatura no cabe en la guerra,

y que, sin embargo, ambas se convocan

para legitimar la humildad de nuestra pregunta:

¿cómo seguir siendo humanos

cuando el ruido del derrumbe

amenaza con tornar inaudible toda respuesta?

Guardo la pluma, apago la linterna.

Todo queda atrás, actuando en su penumbra polifónica.

Camino soy palabra que insiste en pronunciarse

mientras la ruina atiende, paciente,

como quien sabe que cada silencio auténtico

es ya una forma de reconstrucción.

Capítulo 5 Interludio

El derecho a desaparecer

1

Desaparecer no es abdicar de la existencia, sino reclamar la potestad sobre la forma en que ella se revela. El mundo moderno que multiplica los exilios y al mismo tiempo clausura los refugios nos ha reducido a espectros hipertrofiados: estamos en todas partes salvo en nosotros mismos. Dejarnos de ver, dejarnos de nombrar, se vuelve así una rebelión ontológica: desvincular la plataforma de la vitrina, sustraer nuestra esencia del mercado de retinas.

2

La literatura, tan cómplice de la visibilidad, es también escenario privilegiado de esta fuga. Un personaje comienza a vivir cuando entra en escena, pero ¿cuándo adquiere profundidad? Cuando se ausenta. La elipsis es al relato lo que el silencio a la música: zona de sombra que otorga relieve a la nota. Marina, Julio y el cuaderno robado existen porque sus huecos resuenan, por cada línea escrita hay un abismo de lo no dicho que sostiene la tensión narrativa. Derecho a desaparecer significa, entonces, recuperar la dignidad de la pausa, ese instante en que la palabra se retira para que la conciencia pueda desplegar su eco original.

3

La época, sin embargo, codifica la permanencia como virtud suprema: permanecer conectado, localizado, productivo, actual. En este régimen, la desaparición voluntaria resulta sospechosa: ¿qué se esconde?, ¿qué máquina?, ¿qué pretende el que apaga su cámara? Se olvida que toda identidad saludable necesita una guarida para mudarse de piel, que el pensamiento requiere madriguera donde demorar la digestión de la experiencia. Exigir la presencia continua es violentar el ritmo interno de lo vivo.

4

Conviene distinguir: no hablamos de evasión cobarde ni de silencio cómplice. El derecho a desaparecer es derecho a la compostura interior, a la alquimia privada. Desaparecer para recomponerse, no para desertar de la responsabilidad. El cartógrafo se aleja del mapa para no confundir la escala, el médico retira el bisturí antes de convertirse en verdugo, el escritor suspende la pluma para evitar que el verbo devore la sangre que lo alimenta.

5

Metaficcionalmente, este capítulo desaparece de sí mismo, no contiene trama, detiene la acción, convierte al lector en interlocutor directo de la reflexión. "El derecho a desaparecer" es la pausa que la novela se concede para recordar que es artefacto, artificio, pacto. Abrir esta página es entrar en un pasillo sin decorado donde los focos se apagan uno a uno, dejando al centro un solo resplandor, la pregunta por el lugar que otorgamos al silencio en nuestra arquitectura de sentido.

6

Quizá el lector tema que la elección sea ruina de la historia. Al contrario, la sostiene. Así como el trueno legitima al relámpago, la laguna de información valida la plenitud del texto, invita a la imaginación a ordeñar su propio tejido de conjeturas. Toda obra que aspire a la perduración debe incluir una habitación cerrada con llave desconocida, ahí fermentará la relectura. Desaparecer es dotar de futuro a lo contado.

7

La guerra que Julio documenta y los poemas que Marina descubre comparten un clamor subterráneo: que la vida no sea reducida a inventario público. El país desangrado exige su duelo íntimo, el trauma colectivo reclama zonas intransferibles. El poemario robado es un archivo de ausencias: nombres borrados, abrazos inconclusos, ciudades extirpadas del mapa oficial. Atestiguar esas lagunas no basta, es preciso respetar su espesor. La desaparición, en tal caso, se vuelve ética de la mirada: retirarse a tiempo para no convertir el dolor ajeno en espectáculo.

8

A la luz de las inteligencias artificiales esas replicadoras insomnes que no conocen fatiga ni pudor, la desaparición adquiere matiz de resistencia política. La IA puede duplicar el estilo, pero no la sombra que la engendra. Puede recitar la anécdota, pero no la oscuridad donde germina la convicción. Desaparecer, para el escritor humano, implica resguardar el subsuelo irreductible de su experiencia, ahí donde el algoritmo carece de llaves.

9

Este interludio es, pues, un manifiesto: proclama que la transparencia total es tiranía de la luz, que la intimidad es un derecho tan inalienable como el habla, que callar no equivale a conceder sino a madurar. Declaramos el derecho a cerrar el cuaderno, a velar la cámara, a borrar el rastro digital, declaramos, sobre todo, el derecho a que la obra misma posea un margen, porque sólo así la lectura continúa más allá del punto final.

10

Quien se retire de la escena no renuncia a ella, ensancha sus márgenes. Desaparecer es extender la geografía del relato hasta regiones donde el lector debe caminar sin guía. Ahí, en esa bruma, se origina la auténtica co creación.

Por eso este capítulo no muestra nada y, sin embargo, apunta a todo. Es una sala vacía donde resuena la pregunta de quienes ya no están y de quienes todavía no llegaron. Queda en pie para recordarnos que cada libro digno de ese nombre se escribe dos veces: una en la luz impresa y otra en el claro oscuro que el lector con su derecho a aparecer terminará de iluminar según la medida de su propia oscuridad.

La urdimbre de una gran urbe no se comprende a fuerza de panorámicas sino al modo en que un restaurador examina un mosaico antiguo, tessera por tessera. Ninguna tesela por separado explica la figura completa, sin embargo, cada una posee una curvatura, un matiz de brillo, una micro historia que la vuelve imprescindible para que el conjunto despliegue su sentido. Así también opera la narrativa fragmentaria, recoge partículas autónomas, las hace conversar, y la imagen resultante por más rota que esté se siente milagrosamente íntegra.

Quien recorra Núñez o Saavedra durante el toque de queda hallará que las grandes avenidas guardan silencio, pero los intersticios hierben. Tras una persiana apenas entornada se oye un violín ensayando escalas, encima de un quiosco cerrado alguien murmura un rezo laico por los ausentes, en la plaza el grafiti Nos debemos otro mañana sobrevive a la lluvia como una promesa negligente. Son destellos sin secuencia obvia. El valor está en el corte, en la capacidad de cada fogonazo para insinuar un relato más vasto que él mismo.

El fragmento dignifica a los desconocidos. Mientras la crónica tradicional perfila héroes, cifras o catástrofes globales, el recorte breve se declina en primera persona plural y se regala a la multitud: el verdulero que esconde su gato para que no lo confisquen los patrulleros, la mujer que, desde un quinto piso, cuelga una manta roja como semáforo convenido con su amante clandestino, el anciano que lleva dentro del abrigo las llaves de un club atlético demolido y sigue opinando sobre las formaciones de 1972. Ninguno alcanza el rango de personaje en la economía del best seller, en cambio, cuando se aglutinan, producen la clase de verdad que no cabe en ningún parte oficial.

De ahí la ética que sustenta este procedimiento. Fragmentar no equivale a exhibir pedazos descuidados, exige selección minuciosa la misma que un cirujano emplea al elegir qué tejido extirpar y cuál salvar para que el órgano continúe funcionando. Cada microrrelato aquí incluido deberá justificarse por su carga de densidad humana, no por el efecto decorativo que procure a la página. Si el lector se topa con huecos, es porque los huecos mismos hablan: testifican la porosidad del recuerdo y la imposibilidad de convertir la ciudad en un bloque macizo de certezas.

Se objeta, a menudo, que la forma breve empobrece la intensidad. Se confunde concentración con pobreza. Una cápsula de cianuro aniquila más que un río entero, un

haiku bien tensado contiene más mundo que un informe estadístico. La brevedad, cuando es fértil, funciona como detonador: deja la onda expansiva a cargo de la mente que la recibe.

Este capítulo, pues, no ofrecerá una línea argumental extendida, ofrecerá destellos. Alumbrará y retirará la luz antes de que el lector crea haber visto demasiado. Lo que suceda en la oscuridad entre destello y destello pertenecerá a su imaginación. Esa libertad no la omnisciencia es el don más valioso que puede conceder la literatura de hoy, sofocada como está por torrentes de información que pretenden decirlo todo y, al pretenderlo, lo anulan.

Venga, entonces, la ciudad desierta: calles que se descosen del mapa oficial, voces anónimas incrustadas en husos de asfalto, historias minúsculas con la potencia de una semilla bajo hormigón. Que cada recorte actúe como una losa removida, debajo habrá un olor, un recuerdo, quizá una forma nueva de esperanza. No pediremos al lector paciencia pediremos complicidad, porque el fragmento exige una lectura en la que cada interrupción sea interpretada como convite a descifrar, no como descuido del narrador. Si eso se logra, el mosaico revivirá por un instante y la ciudad, aun vacía de bullicio visible, recuperará la respiración que los comunicados de emergencia no saben registrar, la modesta, a veces heroica, a veces irónica insistencia de los ciudadanos por seguir tejiendo sentido donde el Estado ha cosido silencio.

Capítulo 6 La ciudad vacía

00:43 Cabildo deshabitado

La sirena del toque retira su órbita de pausa y la avenida queda suspendida en un claroscuro de carteles apagados. Marina avanza: las planchas de los comercios reflejan su contorno como un negativo sin referencia.

Piedra suelta

Entre adoquines dislocados, un brote de raíz empuja la costra del pavimento. Durante décadas, aquella rendija sostuvo la sastrería Hilvanes Bermúdez, famosa por coser compartimentos clandestinos en los forros de los exiliados. Nadie guarda ya pasaportes minúsculos, sólo la raíz documenta que la fuga necesita un resquicio, aunque sea vegetal.

Balcón 3224

Un gato atigrado vigila la calle desde el pretil. Su dueña murió hace dos inviernos, el vecindario alterna turnos para dejar alimento. El felino no recuerda su nombre, pero cada medianoche saluda al camión recolector con un maullido ceremonioso. Marina concluye: permanecer es también una forma de firma cuando la tinta se agota.

Neón mutilado

Frente al ex Supermercado Persia resplandece la palabra PERSA, la I caída ha convertido el cartel en alusión histórica. Dentro, latas abolladas florecen con óxido naranja. Marina apoya la mano sobre el vidrio y evoca a la pareja de bachilleres que compraba té verde para ahorrar en el boleto hasta la costa. El vidrio devuelve frío e interpreta la ausencia mejor que cualquier epitafio.

Marquesina de Saavedra Sur

Un cobertizo abandonado exhibe, en marcador azul, un almanaque de onomásticos: 10 abril Tito ·12 mayo Lorenza 27 junio Rafa. El anónimo titula su obra: "Fechas que todavía cuentan". Marina memoriza Rafa: al menos un cumpleaños mantendrá testigo.

95.9 FM

Una ventana entornada exhala voz arenosa:

Acá Radio Anábasis, transmitiendo para nadie.

Siguen once segundos de estática y un pentámetro súbito:

La avenida silencia con el ímpetu que la ciudad dejó de nombrar.

Corte abrupto. La frecuencia, anotada, es la prueba de que incluso en tiempos de clausura hay quien se arriesga a pronunciar lo innecesario.

Origami anónimo

En la esquina de Besares, un avión de papel descansa sobre un banco rajado. Marina despliega las alas: sólo una palabra "Vuelve" escrita con lápiz escolar. El mandato flota entre jacarandás invernales como un semáforo exclusivo para transeúntes de la imaginación.

Fuente sin cabeza (Parque Saavedra)

La pileta riega mosaicos astillados con agua turbia. Una pareja septuagenaria comparte mate desde termómetros cromados, hablan dialectos distintos, pero las risas se sincronizan. Marina anota: La carcajada: metrólogo sin credencial que certifica presión atmosférica de esperanza.

Club Social Estrella del Libertador

Una lámpara incandescente cuelga sobre la puerta. Dentro, un portero inventa partidas de truco contra un rival hipotético. Al percibir la mirada externa, hace gesto de convidar.

Marina rehúsa con cortesía, hay partidas que necesitan permanecer imaginarias para que el destino conserve su ironía.

Torre de Agua Hospital Pirovano

Baldosas asépticas, olor a hipoclorito. Una enfermera sube doce tramos y pega un cartel: "Urgente: donadores de sueño". El insomnio colectivo quiebra turnos, quien logre dormir ocho horas debe registrarse para "prestarlas" simbólicamente. Marina descubre que ya no recuerda el sabor del sueño prolongado, promete intentarlo.

03:11 Retorno por Machain

La neblina esmalta los techos de chapa con resplandor lechoso. De vuelta en su departamento, Marina guarda el avión de papel dentro del cuaderno robado. Piensa, la ciudad no se ha vaciado, acumula potencia en depósitos invisibles. Esos gestos maullidos ceremoniales, cumpleaños manuscritos, emisoras fantasmas son vigas interiores. Cuando la prohibición se levante, sostendrán la arquitectura entera.

Cierra la ventana. Al otro lado, Buenos Aires murmura en voz baja su tratado de supervivencia, cifra de huellas minúsculas que, sumadas, impedirán que el olvido pavimente la totalidad del pasado.

Ensayo previo al Capítulo 7

Se dice que la palabra funda territorios, pero se olvida que nace en un derrame, ahí donde la piel de la conciencia se quiebra y aflora sustancia todavía sin forma. Nadie imagina un verbo inaugural que emerja de una epidermis indemne, la oración verdadera brota como estilete que, al salir, confirma la existencia de una cavidad interior. Todo relato memorable sangra un origen, aunque después vista su herida con encuadernaciones pulcras.

2

El ideal de la mirada intacta esa voz neutra que describe sin padecer es quimera de archivo. Quien pretenda narrar sin fractura sólo coleccionará datos, nunca resonancias. La ondulación indispensable se fragua cuando la pupila se astilla contra aquello que contempla y, al astillarse, incorpora astillas de mundo al propio iris. Desde ese instante la visión se vuelve irrenunciablemente personal, está atravesada por la esquirla que la hirió.

3

Escribir, entonces, equivale a fijar sobre la página la forma de un daño. Cada sintagma funciona como esparadrapo que intenta contener lo vertido, pero también como evidencia de la hemorragia subyacente. La sintaxis se ordena para que la herida no se desborde, y sin embargo esa misma ordenación exhibe el contorno del desgarrón. De ahí la paradójica belleza del estilo, esculpir la brilla justo donde la laceración impuso su escultura irregular.

4

Quien habla en segunda persona tú caminas, tú dudas, tú recuerdas ensaya un truco dialéctico, proyecta la brecha hacia otro cuerpo para examinarla con distancia quirúrgica, al tiempo que confiesa su propia vulnerabilidad. Es una estrategia de exilio y autopsia simultánea. El "tú" es dardo que regresa al remitente cargado de la sangre que pretendía derramar afuera.

5

La ciudad donde se despliega esta bitácora comparte la misma lógica, capas superpuestas de memoria, cada una escrita encima de la anterior con tinta que jamás termina de borrar lo previo. Fachadas remendadas, nomenclaturas tachadas, monumentos replanteados en nombre de causas sucesivas, palimpsesto urbano que testimonia desencuentros y colapsos. En ese contexto, narrar no es dibujar un paisaje sino descifrar las cicatrices que lo estratifican.

6

Importa subrayar que la herida no garantiza profundidad, apenas inaugura la posibilidad. Hay tajos superficiales que se exhiben como excusas y hay llagas que trabajan en silencio hasta transmutarse en sabiduría cauterizada. La literatura memorable procede de esta segunda casta, dolor decantado, no explotación del morbo. El autor debe dejar reposar la hemorragia el tiempo suficiente para que el coágulo se convierta en pigmento fértil y no en espectáculo de vísceras.

7

Aun así, no conviene confundir cicatrización con clausura. La costra sana pero conserva relieve, al tacto revela una discontinuidad que la piel sana ignora. Ese relieve es la vibración exacta que le otorga veracidad a un texto. Cuando el lector posa la yema sobre la línea escrita, palpa esa topografía y reconoce la procedencia no domesticada de lo leído.

8

Hay quienes temen que tanto desgarró reúna lecturas incapaces de soportar la presión. Sucede lo contrario, la conciencia receptora busca, sin saberlo, la fisura que coincida con la suya. Dos heridas que se encuentran aunque pertenezcan a cuerpos distantes sellan un pacto de reciprocidad. La página se convierte en membrana porosa donde el dolor dialoga con otro dolor y, al reconocerse, aminora su fulgor destructivo.

9

De esta dialéctica proviene la potencia del palimpsesto, la escritura nueva no cubre, sino que convive, ilumina a contrapelo los surcos más antiguos. Julio, al llegar a la ciudad, añadirá su trazo a la superficie reescrita. Pero su tinta no borrará las marcas previas las realzará, del mismo modo que una vena suplementaria no reemplaza, sino refuerza, la irrigación de un cuerpo debilitado.

10

Así se justifica la entrada que sigue, un discurso en segunda persona que no busca pedagogía, sino transferencia. Cada verso libre será incisión, cada pausa, coagulación. El resultado, un mapa viviente donde la herida se exhibe y, al mismo tiempo, se explora como vía de conocimiento. Porque, a fin de cuentas, la única lucidez no tramposa procede de ahí, de haber aceptado que la plenitud es fábula y que únicamente lo vulnerado al mantenerse abierto con dignidad permite vislumbrar el resplandor de lo real.

Capítulo 7 Palimpsesto

Llegas con el crepúsculo apelmazado en los bolsillos.

Nadie vigila el acceso oriental y, sin embargo, el asfalto parece registrar tu pisada con celosa minuciosidad.

Te internas.

La arteria principal antes bullicio de tranvías luce ahora encías de adoquín carcomido, es un palomar vacío donde sólo resuenan tus talones.

Te orienta un olor mixto de gasoil añejo y glicinas tardías.

Lo sigues hasta una plazoleta cercada por cintas policiales ya sin autoridad.

En el centro, la estatua ecuestre del prócer exhibe dos huecos donde antes hubo ojos de bronce, la ciudad ha aprendido a mirar con cuencas vaciadas.

Comprendes que la mutilación es su nueva manera de enfocar.

Giras hacia el oeste y la vieja sala de cine ofrece su marquesina fracturada,
restan apenas cuatro letras fosforescentes que deletrean una interjección sin diccionario.
El hall aloja montículos de butacas pulverizadas y, sobre el polvo, un programa de mano
fechado hace quince años.
Su tipografía proclama un futuro estrenado y cancelado en la misma noche.
Lo deslizas en tu cuaderno, un fósil de expectativa resulta útil cuando todo lo demás se
ha vuelto estadística.
Calle abajo, la antigua panadería está convertida en cofre de hollín.
Sin embargo, bajo el mostrador encuentras una balanza de platillos que equilibra, aún
hoy, dos mendrugos de aire.
Anotas al margen, que el pan haya desaparecido no exime al peso de su tarea, la medida
resiste, incluso huérfana del objeto a medir.
Doblas hacia Machain.
Un balcón emite una canción rasgada por altavoz monofónico, ni melodía ni letra, sólo la
idea de que alguna vez hubo voces sincronizadas.
Del hilo musical cae un volantín de papel arrugado con esmero.
Lo abres: una sola palabra, "Regresa", escrita con tinta escolar.
El imperativo se adhiere a tu sentir como limadura a un imán.
Guardas el mensaje y continúas.
Te guía ahora un farol estertóreo que parpadea con cadencia cardíaca.
A su luz, la pared recién encalada del quiosco de diarios exhibe una frase manuscrita con
crayón rojo:

Lo que abandonamos se queda para esperarnos.

Sin pensarlo, añades debajo, en grafito:

Busca la puerta clausurada que auxilia.

No firmas.

Los avisos que importan no requieren autor, sólo latencia.

Una ráfaga reseca barre la calle y difumina tu escritura, la tiza se vuelve velo, la frase queda semioculta, como ruina recién nacida.

Te alejas sin mirar atrás.

Sabes que la urbe añadirá mañana otra capa de cal, otro eslogan, otra púa de óxido.

Cada estrato conservará un retazo de tu aseveración, bastará que alguien, en otra noche de alerta, roce el muro con la yema para intuir el relieve de una verdad no domesticada.

La ciudad, piensas, no cicatriza reescribe.

Superpone callos sobre tejidos que gotean memoria.

Tú, nuevo palimpsesto andante, abandonas una sílaba y recoges otra.

Así corroboras que narrar desde la herida no es denunciar la hemorragia,

sino evidenciar bajo cada capa recién aplicada

el murmullo obstinado de lo que todavía, clandestinamente, subyace.

Ensayo previo al Capítulo 8

Hay instantes que estallan con tal densidad que el lenguaje, al intentar aprisionarlos, se resquebraja como vidrio templado. Su materia no se reduce a un acontecimiento singular, es magma de emociones, choques colectivos, urgencias irreversibles. Cuando ese magma

irrumpe, el texto habitual novelesco, periodístico, incluso lírico deviene dique insuficiente. Surgen fallas, la prosa se acelera, la puntuación oscila, la sintaxis se fisura. El exceso irrumpe para recordarnos que la realidad posee un voltaje frente al cual la gramática es apenas fusible.

La historia cultural colecciona moldes, epopeya, tragedia, tratado, bitácora. Cada uno funcionó mientras la temperatura del mundo se mantuvo dentro de un rango tolerable. Pero llega el minuto en que la experiencia rebasa el mercurio y el molde se funde. Ya no basta la oración calibrada, se necesita una forma que acepte deformarse a medida que avanza. De ahí el correo electrónico como vehículo, no promete pulcritud ni distancia, admite erratas, vertiginosidad, emoticones rotos, es testimonio de un pensamiento que al escribirse todavía se está incendiando.

El exceso no sólo hiere la forma, hiere al autor. Quien se atreve a transcribir el palpito extremo queda marcado por la misma fisura que intenta describir. No hay cronista indemne de la conflagración, el taquígrafo del cataclismo arriesga su canon interno, su ritmo cardíaco, su memoria. Por eso toda escritura de urgencia es, en el fondo, una transfusión, el texto bombea la sangre del suceso dentro del sistema circulatorio del lector, aun a riesgo de contaminarlo de fiebre.

Se confunde, a menudo, intensidad con grandilocuencia. Pero el exceso auténtico no vocifera, condensa. Un correo redactado entre detonaciones puede contener una sola línea y, sin embargo, yacer con la fuerza tectónica de una epopeya. El arte consiste en no diluir ese núcleo incandescente con retórica superflua. Hay que cincelar hasta que la frase quede reducida a puro isótopo radiactivo, capaz de iluminar y quemar en la misma exhalación.

En la órbita afectiva ocurre algo análogo. El instante en que dos vidas deciden encontrarse atizando o clausurando sus vacíos condensa años de rodeos. La carta digital, enviada a las 2:17 y leída a las 2:18, porta una electricidad que ningún mensaje ceremonioso iguala. Contiene defensoría, duda, exabrupto, diálogo entrecortado, marcas de un cuerpo que no puede, ni quiere, tomarse el tiempo de lustrar su gramática. Ahí radica su veracidad, es corte directo a la médula, sin epidermis protocolaria.

Cuando la dimensión social se solapa con la intimidad, la tensión se multiplica. Una conversación electrónica puede detonar manifestaciones, quiebras bursátiles, levantamientos vecinales. Basta un párrafo filtrado o tergiversado para precipitar el colapso de la fachada urbana. La novela que incorpora ese mecanismo no lo hace como

mero truco posmoderno, sino como reconocimiento de la arquitectura inestable que ahora sostiene las polis contemporáneas, cables de fibra y formas de datos, frágiles como telarañas bajo lluvia.

Frente al exceso, el lector afronta su propia fractura. Ya no podrá recostarse en la cómoda butaca de la ficción convencional, deberá elegir entre la inmersión o la fuga. El texto lo arrastrará sin barandas tipográficas a zonas de vértigo donde la línea entre la historia y su lectura se vuelve ocaso único. El lector abandona la función de observador para convertirse en eslabón de una cadena de reacciones que el autor, al momento de escribir, tampoco domina.

Surge, entonces, una ética de la incompletitud. Quien narra el exceso acepta que su obra será tratado inconcluso, balbuceo en mitad del derrumbe. No se disculpa, sabe que la exactitud sería engaño. Prefiere ofrecer un territorio en construcción, con andamiajes a la vista, antes que un palacio simulado cuyos muros no resistirían el asedio real. La estética resultante es irregular, pero su contorno se percibe genuino, la fisura del edificio revela la calidad de su sangre.

Bajo este prisma, Fuga no significa huida cobarde, alude a la forma musical donde varias voces se persiguen, se rozan, se contradicen y, en esa persecución, construyen arquitectura sonora. El correo cruzado entre dos conciencias será la fuga, tema, contrapunto, disonancia y, en algún punto, la explosión que transforma la armonía en clamor. La novela se deja atravesar por ese clamor sin pretender sofocarlo, más bien, lo amplifica hasta que sus vibraciones hagan estallar la membrana narrativa.

Así, lo que no cabe en la página no es residuo, sino combustible. Cada renglón que rebalsa, cada emoción mal cerrado, cada exabrupto tecleado antes de pensar es fragmento radiante que la obra integra para no traicionar el calor del suceso. La belleza si todavía cabe la palabra residirá en esa honestidad, mostrar, sin blindaje, el metal al rojo vivo del acontecimiento y aceptar que, al enfriarse, quedará torcido para siempre.

Aceptar el exceso, plasmarlo sin domesticarlo, supone renunciar a la pulcritud pero ganar temperatura de verdad. Ese será el pacto de la página que sigue, que la forma aguante, aunque ceda, para que el lector pueda asomarse a la zona donde el sentido todavía hierve y ninguno de nosotros autor, personajes, testigos sabe del todo qué figura definitiva tomará el mundo cuando la lava se enfríe.

Capítulo 8 Fuga

De: marina.nocturna@gmailt.com

Para: doble.anotador@protonmail.com

Asunto: Puerta clausurada

Hora: 16 : 02

Descubrí tu frase bajo la lluvia de cal.

La palabra se mostraba detrás de la pared como un pájaro atrapado.

Si era tu señuelo, funcionó, sigo el rastro.

Necesito comprobar que todavía existe una voz al otro lado del yeso.

encontrémonos hoy, 18 : 00, en el Café Roto (queda frente al viejo trolebús pintado de azul).

Llevaré el avión de papel.

Si no puedes, sugerí sitio y hora, la ciudad se está encogiendo demasiado deprisa.

M

De: doble.anotador@protonmail.com

Para: marina.nocturna@gmailt.com

Asunto: Re: Puerta clausurada

Hora: 16 : 18

Leí tu mensaje desde el puente de hierro.

Debajo, los manifestantes empujan vallas como si quisieran abrir llagas en la costra política.

Sirenas, humo, drones.

Aun así, acepto la ubicación: Café Roto, 18 : 00.

Llevaré el cuaderno (y el programa de cine que rescaté).

Si la policía blindo la avenida, buscaré la entrada por la calle lateral, la del grafiti del conejo blanco.

No llegues antes: patrullan con drones térmicos.

Nos vemos entre el café quemado y la palabra intacta.

J

Titular urgente Red Urgente de Mensajes

17 : 02

Se declara estado de alta alarma. Explosión en subestación Saavedra provoca cortes de energía. Ciudadanía debe permanecer en interiores.

De: marina.nocturna@gmalit.com

Para: doble.anotador@protonmail.com

Asunto: Cambio de planes

Hora: 17 : 15

La luz se apagó en Cabildo y sólo queda el reflejo de los celulares.

El Café Roto cerró persianas por protocolo.

Sugiero plan B: pasillo del Teatro Abandonado, puerta lateral (la que conserva el pomo de bronce).

Ahí dentro hay melancolía de telón y nadie revisa.

Voy con linterna de bolsillo y termo de agua.

Llego en veinte minutos.

M

De: doble.anotador@protonmail.com

Para: marina.nocturna@gmail.com

Asunto: Re: Cambio de planes

Hora: 17 : 22

Acepto.

Traigo cerillas y una vela de iglesia habrá que inventar escenario.

La calle retumba, pero el teatro conoce todos los silencios.

Si no arribo antes de que la sirena marque toque total, espera diez y parte.

No quiero que la ciudad te coma por culpa de mi demora.

J

Tendencia en redes desconectadas

#Puertamisteriosa vecinos reportan pintadas simbólicas, algunos aseguran que marcan refugios clandestinos.

De: marina.nocturna@gmailit.com

Para: doble.anotador@protonmail.com

Asunto: Estoy dentro

Hora: 17 : 54

Crucé la plaza sorteando cordones policiales.

Dentro huele a telaraña y barniz viejo.

Encendí la linterna y coloqué el avión de papel en el escenario.

Si el mundo decide deshacerse ahí fuera, al menos estas tablas tendrán público de dos.

Te espero.

M

De: doble.anotador@protonmail.com

Para: marina.nocturna@gmailit.com

Asunto: A dos cuadas

Hora: 18 : 07

Barricadas en Machain.

Gente grita tu palabra: "Regresa" no sé quién la esparció pero resuena como contraseña.

Traigo tu programa de cine y la vela.

Llego en cinco, si la multitud lo permite.

J

Alerta oficial

18 : 08

Se intensifican disturbios en Núñez Saavedra. Inminente corte total de comunicaciones inalámbricas.

De: marina.nocturna@gmailt.com

Para: doble.anotador@protonmail.com

Asunto: Luz roja

Hora: 18 : 10

Cortaron señal, esta podría ser mi última salida.

El telón acaba de moverse por corriente de aire o por otro visitante.

Si no llegas, dejaré el avión y mi cuaderno bajo la butaca 17 F.

Deja tu frase ahí si salvas la noche.

M

No se registra envío, la red cae a las 18 : 11

Ensayo previo al Capítulo 9

Cuando las estructuras caen, la conversación queda reducida a vacío, un resplandor breve que, sin embargo, basta para espantar la noche completa. Hablar ya no significa fundar

leyes ni fijar narrativas, significa acercar dos opuestos para advertir que la intemperie no devora todo. Cada sílaba se vuelve conjuro, ilumina apenas un círculo de suelo y, al mismo tiempo, recuerda la existencia de otra concepción frente a la propia.

El derrumbe destila el idioma hasta la molécula indispensable. El verbo ornamental se calcina, sobrevive la partícula esencial, desnuda y radiante. Haikus, murmullos, nombres propios, formas austeras que no buscan explicar la ruina sino acompañarla, como el cántaro que guarda la memoria del agua que ya no posee. En esa austeridad, la palabra prueba su temple, soporta la carga del momento sin prometer redención que no puede cumplir.

Dialogar tras la catástrofe exige cortesía con el dolor ajeno, sostener su pesar, no soldarlo. Escuchar se vuelve acto de cuidado, responder, un gesto de precisión casi quirúrgica. La verdad ya no se mide por la contundencia del argumento, sino por la delicadeza con que una voz admite su propio límite mientras roza el límite del otro. Así, dos fragilidades traman una fuerza inesperada, la fuerza de lo que reconoce su fractura y, sin esconderla, invita a compartir abrigo.

El silencio que acompaña estas palabras no es vacío, es techo. Protege la incandescencia de las frases para que no se consuman en su propia llamarada. Cada pausa crea un intersticio donde la conciencia del lector puede asentarse a respirar el olor del derrumbe sin asfixia. Dejar espacio entre frase y frase equivale a abrir ventanas en una habitación que huele a humo, no diluye la realidad, pero la vuelve respirable.

Quien hable ahora lo hará sin pretensión de posteridad, basta el instante compartido. El diálogo final ese intercambio de versos breves en un parque ennegrecido no intenta ordenar el universo, apenas confirma una coincidencia irrepetible de existencias aún calientes. Y esa confirmación, discreta como una hormiga, vale más que cualquier manifiesto. Porque ahí donde dos voces aceptan el absurdo común, la vida rehace su contrato más elemental, continuar, aunque sea con una sola certeza, hasta que el próximo amanecer encuentre algo todavía inexplicable.

Capítulo 9 El diálogo del carnívoros

Parque Saavedra. Madrugada sin luna. Farolas destripadas rezuman un resplandor ámbar.
Un brasero improvisado trepita en el claro. Marina llega desde el este, Julio, desde el oeste. Durante un segundo sólo se oye la leña partiéndose en chasquidos secos.

Marina (se descubre el rostro)

Te seguí por capas de cal y hollín. Temí hallar únicamente tu sombra.

Julio (a un paso de la lumbre)

La sombra escribe en vano, vine a saber si la voz aún tenía cuerpo.

Marina

Traje el avión de papel.

(su mano destella dentro del centello)

Julio

Y yo, el programa de aquel cine que jamás encendió su proyector.

(levanta el papel)

Haibun I

Las pavesas se desprenden en ramilletes de cobre. Por un instante parecen quiebraplata que hubieran olvidado cómo regresar al jardín. Somos dos estrechos pasillos de memoria convergiendo en esta pira mínima. Nada nos pide explicaciones, salvo el aire todavía caliente que trepita entre los troncos.

Borlas de fuego

Una palabra antigua

Muda de piel

Julio

El barrio aúlla detrás de las tapias. Cualquier cerilla puede incendiar la avenida.

Marina

No venimos a sofocar llamas ajenas, sino a nombrar la nuestra.

Haibun II

La estatua ecuestre, decapitada, apunta su cuerpo decapitado al sur. Bajo su pedestal de granito, las hormigas trasladan migas de un pan que ya nadie comparte. Cada chasquido de la madera nos recuerda que la historia sigue girando su rosca, incluso cuando no queda tornillo que ajustar.

Brillo de antenas

El silencio mastica

Chatarra y bronce

Marina

Leí tu verso en la pared:

La risca vive afuera del ser.

Quizá por eso seguimos de pie, el orgasmo delegó su ritmo a la intemperie.

Julio

Y la intemperie ingrata nunca se cansa.

Haibun III

Una ráfaga voltea el brasero, el fuego recula, se arracima contra la corteza de un eucalipto.
Quedan sólo la vela y nuestros resuellos. El parque adquiere una acústica de templo
perdido, cada palabra rebota y regresa desnutrida, como deseando aposentarse en la
garganta que la soltó.

Vela en penumbra

La noche afina cuerdas

De sal y óxido

Julio

Si mañana nos calla la patrulla, ¿dónde quedará lo que acabamos de pronunciar?

Marina

En la cera que se enfría adoptando forma impredecible.

Rompe un trozo, lo deposita en su cuaderno

Julio

Lo impredecible guarda lealtad mejor que cualquier archivo.

Se acercan, entre ambos sólo la vela.

Haibun IV

El humo baja, sorprendido por su propio peso. Una hoja de jacarandá cae sobre el avión detenido a los pies de la hoguera. La palabra Regresa se envuelve en subpartícula y adquiere onda de timbre subacuático. Nos miramos, saber que el eco existe basta para promover un mañana, aunque el día no tenga dónde posarse.

Hoja sin árbol

El mensaje resopla

Bajo la candela

Marina

Tengo miedo de que el amanecer nos encuentre transformados en mecanismo.

Julio

Esclavo es sólo un niño que aprendió a no preguntar.

Marina

¿Y si el sistema nos dispersa?

Julio

Habrá quien huela la duda en el aire y sepa que una pregunta fue dicha.

Haiku final

Ascu terminal

Dos bocas guardan vivo

Lo irreparable

La vela expira. El parque se sumerge en sombra líquida. Detrás, en la avenida, las sirenas trepan con aullido sostenido, como si el metal quisiera imitar el ruido de una marea imposible. Marina recoge el avión ya ennegrecido, Julio, el programa que se deshoja. Salen por flancos contrarios. Nada queda salvo un anillo tenue de rescoldo que dibuja, sobre la tierra oscura, la órbita de un instante que se negó a desvanecerse sin dejar constancia de su cordura.

Epílogo Meta coda

Detente un instante, la trama ha consumido su oxígeno, pero hay otra cámara más adentro. Extiendo un sobre sin remite, basta tu mirada para legitimar al destinatario. Dentro encontrarás sólo una hoja despoblada. No es cortesía vanguardista, es la sola herencia que puede ofrecer un relato que ha gastado todas sus formas.

Nota breve.

El avión de papel se desintegró al primer viento, sobrevive como olor a recuerdo en tus dedos.

El programa del cine inexistente flota en algún armario de tu memoria, su horario eres vos.

Ningún reglamento reconoce la frecuencia 95.9 FM, pero cada apagón devuelve su cuchicheó salino.

Nada más se requiere. Lo escrito termina aca, lo legible empieza donde abras y decidas si esa blancura es tumba o semilla.

La promesa de la página intacta

Una superficie sin marca no es hueco, es horizonte comprimido. Todo lo que calla contiene potencia axial, cada fibra anhela conjunción con un trazo que todavía no existe. Frente a ella, la palabra se vuelve responsable de su peso, debe merecer la irrupción.

Inscribir es elegir entre infinitos latentes. Omitir es reconocer que ciertos silencios custodian verdades que ningún signo soporta. Quien escribe entrega arista, quien lee aporta sangre que nutre la incisión. Juntos demuestran que un final auténtico no clausura, despliega otro incipit en miniatura.

Por eso el sobre permanece sellado, no pide aplauso, exige complicidad. Si rasgas la solapa, sabrás que la blancura aguardaba tu promesa para transmutarse. Si no lo haces, la novela quedará invernando, lista para germinar cuando otra conciencia reclame territorio virgen donde probar su propio alfabeto.

